

## **NARRAR EL PROBLEMA OBRERO: PERMANENCIAS Y RUPTURAS EN TRES CRÓNICAS MARTIANAS\***

LUCIANA ANDREA MELLADO  
Universidad Nacional de la Patagonia "San Juan Bosco"  
Comodoro Rivadavia, Argentina

### **1. INTRODUCCIÓN**

Las crónicas periodísticas constituyen una extensa zona de la producción textual de José Martí. A pesar de que la historia literaria centró su interés de un modo casi exclusivo en sus poesías, más de la mitad de la obra escrita por el cubano está compuesta por textos publicados en los periódicos,<sup>1</sup> textos donde convergen el

---

\* Recibido: 29-01-2008    Aceptado: 14-03-2008

<sup>1</sup> Esta focalización de la crítica en la obra poética martiana responde a una operación selectiva e interpretativa. Selectiva porque canoniza una determinada escritura y un determinado género en

discurso periodístico y el literario a través de un lenguaje que sirve a la circulación de un sentido informativo y coyuntural, a la vez que deja de ser literal e instrumental para adquirir un peso y una densidad estéticos que trascienden los límites de la mimesis y la referencia.

Este trabajo examina tres crónicas martianas, “Grandes motines obreros”, “El proceso de los siete anarquistas” y “Un drama terrible”, con el propósito de analizar las continuidades y rupturas discursivas más significativas que entre ellas existen en la representación del conflicto laboral y social suscitado en Estados Unidos a partir de los mítines y huelgas producidas en mayo de 1886. Los textos fueron publicados en *La Nación* de Buenos Aires los días 2 de julio y 21 de octubre de 1886, y 1 de enero de 1888, respectivamente. Pertenecen a las *Escenas norteamericanas*, una serie de crónicas sobre la vida norteamericana que José Martí escribió durante su exilio en Estados Unidos para numerosos periódicos latinoamericanos, entre ellos *La Nación* de Buenos Aires, *El Partido Liberal* de México y *La Opinión Nacional* de Caracas.

Las tres crónicas seleccionadas elaboran narrativamente un mismo tema: el problema obrero en Estados Unidos, pero en conjunto muestran el desarrollo y el cambio del pensamiento y del discurso martiano que resemantiza en el último texto muchos de los significados desplegados en los dos primeros, en los que es explícito el rechazo a la violencia que los obreros manifiestan en dichas huelgas. Este rechazo inicial va a la par de la confianza en el sistema republicano y en su sistema de derechos que, en la última crónica, va a revisarse y cuestionarse, haciendo visible un viraje en su discurso político y social que comienza a visibilizar la ineficacia de la vía electoral para las clases populares, la complicidad del estado, la Iglesia y los capitalistas en el sojuzgamiento y la explotación de las clases subalternas.

---

menoscabo de una extensa zona de la producción textual del mismo autor. Interpretativa porque se adecua a un modo de entender y dicotomizar lo artístico y lo extra-artístico, lo literario y lo extra-literario, confinando las crónicas periodísticas a los segundos términos enunciados. Ver, al respecto, Rotker, Susana. *La invención de la crónica*, Buenos Aires, Ediciones Letra Buena, 1992, p. 15 y ss.

## 2. DESARROLLO

“Grandes motines obreros” narra las huelgas y otras acciones de lucha que, en Estados Unidos, realizan los trabajadores para la reducción de la jornada laboral a ocho horas. Los sujetos sociales que la crónica refiere y describe tienden a organizarse en dicotomías antitéticas: de un lado, se encuentra la sociedad americana en su conjunto y el propio enunciador, a quienes se presenta con espíritu moderador ante el conflicto obrero, y, por el otro lado, se hallan los trabajadores anarquistas y socialistas, a quienes se muestra con un ánimo de confrontación radical. Si bien la referencia a los actores se mantiene a lo largo de las tres crónicas que repiten y comparten su repertorio actancial, no es constante ni invariable, como veremos más adelante, el modo en que se construyen dichas referencias.

El mundo de los obreros aparece en “Grandes motines obreros” dividido en dos grupos antagónicos: por un lado, los violentos; por el otro, los moderados. La pertenencia a la clase obrera se fragmenta por el método de negociación con las clases más altas, fragmentación asociada de modo directo y determinante a la nación de origen. A pesar de que, tal como admite Martí, «entre los que azuzan desde las tribunas a los trabajadores la noche de la reunión, no hay solo alemanes, no, sino patriarcas americanos, hombres de buena fe y habla profética» (446), el grupo rechazado está conformado por anarquistas y socialistas que llegan a Estados Unidos de «la Europa iracunda» (448).

«Esos alemanes, esos polacos, esos húngaros», dice Martí, «no traían, al venir a esta tierra (...) aquella costumbre y fe en la libertad, aquel augusto señorío, aquella confianza de legislador que pervade y fortalece al ciudadano de las repúblicas» (452). El distanciamiento que el cronista toma respecto de los inmigrantes descritos se evidencia en el pronombre demostrativo plural que se reitera en la enumeración. Lejos de ellos, los concibe alejados de las normas republicanas con las que él acuerda. Los inmigrantes que protagonizan y promueven las huelgas se constituyen en sujetos

de carencia que provienen de espacios sociales de carencia. Así, Martí llega a sostener que:

En Alemania, bien se comprende, la ira secular, privada de válvulas, estalla. Allá no tiene el trabajador el voto franco, la prensa libre, la mano en el pavés, allá no elige el trabajador, como elige acá, al diputado, al senador, al juez, al Presidente: allá no tiene leyes por donde ir, y salta sobre las que le cierran el camino: allí la violencia es justa, porque no se permite la justicia (451).

Privada de estados democráticos que, mediante el voto popular, legitimen las autoridades gubernamentales, la legislación y la justicia social, Europa, el “allá” de la enunciación, es confrontada con Estados Unidos, el “acá” desde donde se pronuncia Martí, que se instituye como ejemplo positivo de organización social. Luego de preguntarse si la libertad mejora los destinos de los hombres sin violencia, Martí se responde: «(p)arece que sí: parece que el ejercicio de sí mismos, acá donde es perfecto, ha enseñado a los hombres la manera de rehacer el mundo, sin amenazarlo con su sangre» (447). La respuesta idealiza, de un modo hiperbólico, a la sociedad americana e interpreta su individualismo como motor del aprendizaje de la convivencia.

El punto principal que la crónica postula como diferencia entre el “acá” norteamericano y el “allá” europeo se halla en el reconocimiento de las libertades cívicas individuales que, en estos lugares, se respetan y desconocen respectivamente. La libertad es un valor supremo para Martí que llega a afirmar, en un registro aforístico, que «(d)os cosas hay que son gloriosas: el sol en el cielo, y la libertad en la tierra» (447). Las circunstancias de la enunciación de este texto enriquecen y completan la significación y la importancia que el cronista le adjudica a la libertad que experimenta en Estados Unidos, país en el que vive, exiliado, una larga estadía que va desde 1880 a 1895. Dichas circunstancias son sintetizadas en una carta que le

dirige a su amigo Manuel A. Mercado en 1886, el mismo año en que se publica la crónica que venimos comentando.<sup>2</sup> Allí dice:

Bueno, pues: todo me ata a New York: las consecuencias de los errores políticos de nuestro país; — la cercanía a esa tierra mía, que no sabe de mí, y por la que muero (...). A otras tierras, ya sabe usted por qué no pienso ir. Mercado literario, aún no hay en ellas, ni tiene por qué haberlo. En el mercado político yo no me he de poner. En el mercado judicial, los buenos abogados sobran (...). Pero mis instrumentos de trabajo que son mi lengua y mi pluma, o habrían de quedarse en el mismo encogimiento en que están aquí, o habrían de usarse en pro o en contra de asuntos locales en que no tengo derecho ni voluntad de entrar, y en los que sin embargo, como ya me sucedió en Guatemala y en Venezuela, ni el silencio me es permitido (Martí, *Cartas a Manuel A. Mercado*).<sup>3</sup>

Dos libertades le permite Estados Unidos, particularmente Nueva York, a Martí: una es la libertad de expresión que le está vedada en otros países que, como él mismo dice, no le consienten ni su silencio; la otra es la libertad económica que le permite la existencia de un mercado literario separado de las instituciones del Estado, separación que, propugnada por el cubano, sólo era posible en una ciudad como Nueva York, que «con el mismo movimiento que genera una «crisis», una «alienación» o un «exilio», es la condición de posibilidad de la autonomía del intelectual de las instituciones tradicionales; autonomía que para el intelectual moderno, en contraste al letrado o escritor «civil», era indispensable» (73-4).

El contexto biográfico e histórico en que Martí escribe esta crónica no puede desestimarse puesto que éste coadyuva a la significación que, en este escrito, adquiere el tema de la libertad, cuya valoración y exaltación no surge exclusivamente como un modo de defensa ante la supuesta incapacidad de los huelguistas para comprenderla y adecuarse a sus reglas, sino también de los datos y percepciones que le brindan al cubano sus experiencias personales y profesionales.

---

<sup>2</sup> Esta epístola de Martí tiene una gran importancia a la hora de comprender la permanencia del escritor en Nueva York porque amplía la explicación de su larga estadía en Norteamérica considerada sólo en relación con su activismo político y su trabajo en las comunidades de emigrantes que serán la base del Partido Revolucionario Cubano fundado en 1892. Cfr. Ramos, Julio, *Desencuentros de la modernidad en América Latina. Literatura y política en el siglo XIX*, México, FCE, 2003, p. 73.

<sup>3</sup> La carta es del 22 de abril de 1886. La transcribimos de Ramos, Julio, *op. cit.*, p. 73.

Los trabajadores radicalizados se presentan como antagonistas de la paz social, promotores de una virulenta violencia material y simbólica que se repudia explícitamente. Martí es frecuentemente enfático en sus desvaloraciones al respeto. Por ejemplo, luego de describir el arsenal y la bibliografía encontrado por la policía en distintos lugares de los anarquistas concluye «¡Al más noble de espíritu, da arrebatos de ira esta perversión de la naturaleza humana!» (450).

Estos trabajadores venidos de la Europa oriental representan la fuerza destructiva de un orden social que Martí aprueba. ¿Cómo, en medio de las manifestaciones obreras, no iba a estar la policía rodeando las plazas y pronta a la carga si “todo el Este de la ciudad está sembrado de logias de socialistas alemanes, que van a beber su cerveza, y a juntar sus iras acompañados de sus mujeres propias y sus hijos, que llevan en sus caras terrosas y en sus manos flacas las marcas del afán y la hora de odio en que han sido engendrados?” (446), se pregunta el cubano, justificando, por un lado, la vigilancia policial, y, por otro lado, interpretando el odio como marca social e histórica del propio nacimiento de estos obreros inmigrantes.

«(N)o tiene la capacidad de gobernar con justicia: y no debe gobernar el que no tiene la capacidad de convencer» (448-49) sentencia el cronista, luego de haber ofrecido sobrados ejemplos de la incapacidad de los huelguistas para persuadir sobre la validez de sus reclamos no sólo a la elite dirigente sino a la sociedad en general. Al propio Martí no lo convencen las estrategias de lucha y el modo en que los trabajadores reclaman que su jornada laboral se reduzca a ocho horas diarias. «(E)s su derecho quererlo, y es justo; pero no es su derecho impedir que los que se ofrecen a trabajar en su lugar, trabajen» (453), considera el cronista que, a través de la construcción adversativa, contrapone la legitimidad de la demanda con la ilegitimidad de coartar la libertad de trabajo. Enfrentados con sus otros compañeros obreros, los huelguistas serán contrapuestos también con los fabricantes que cierran sus talleres «porque no pueden continuar produciendo con esta época de precios bajos, en condiciones que requerirían más gastos de producción» (453).

Opuestos a las distintas capas sociales, cuyas actuaciones se justifican, los obreros radicalizados son cuestionados, además de por la violencia de sus actos, por la indeterminación y la diversidad de sus métodos. Ellos han hecho estallar «una fuerza que es acaso demasiado vasta y heterogénea, para que pueda echar toda por igual camino» (445) advierte Martí al respecto, para luego criticar a los anarquistas que integran este movimiento y «que no quieren ley, ni saben qué quieren (...) con un desorden de medios y una confusión tal de fines que les priva de aquella consideración y respeto que son de justicia para toda especie de doctrinas de buena fe encaminadas al mejor servicio del hombre» (452). Rechazados ideológicamente, los inmigrantes anarquistas y también los socialistas serán desvalorados estéticamente. De ellos se ofrecen prosopografías connotadas que tienden a constituirse en retratos morales.

«Esos trabajadores, en su mayor parte alemanes, se trajeron esa terquedad rubia, esa cabeza cuadrada, esa barba hirsuta y revuelta que no orea el aire y en que las ideas se empastan» (452) señala Martí. La fisonomía, de este modo, es leída como signo de idiosincrasia. Desde esta perspectiva se señala, por ejemplo, que Schwab tenía «pelo y barba al descuido» (453) y Most «una lengua grandaza como su barba» (452), con lo que el desarreglo en la barba y en el pelo se corresponde con sus propias ideas a la vez que éstas son proyectadas en el plano físico.

El lugar de procedencia de los huelguistas en particular, y de los inmigrantes afincados en Estados Unidos en general, es planteado como un hecho determinante y definitorio de su conducta social. Martí aconseja «a los pueblos que se acrecen con la inmigración de Europa ver en qué ayuda y en qué daña la gente que inmigra, y de qué países va buena, y de cuál va mala» (451). Al maniqueísmo en que cae su planteamiento se le suma también una nota de xenofobia al referirse al peligro que corre Estados Unidos «de inyectarse en las venas toda esa sangre envenenada» (452) de la inmigración perniciosa. Según María Minellono, el eco de estas ideas habrá sido

«seguramente favorable entre los lectores argentinos del 80, a quienes estaba destinada la nota que se publicó en *La Nación*» (248).

Esta desvalorización ideológica y física de los obreros que promueven las huelgas y los mítines es altamente visible en las animalizaciones de las que son objeto. «Ese odio a todo lo encumbrado, cuando no es la locura del dolor, es la rabia de las bestias» (451), sentencia Martí valorando y deshumanizando la cólera de un sector de los trabajadores que están produciendo en «todo el país, aun en la gente de alma apostólica, una conmoción semejante, a la que produce en una calle pacífica la aparición de un perro atacado de hidrofobia» (450). Visto como un animal, como un animal enfermo y peligroso, el movimiento activo de los trabajadores se aquieta luego de que las fábricas ofrecen distintas respuestas al conflicto laboral. El último párrafo, que opera como conclusión evaluativa, repite la imagen de los obreros como animales peligrosos. Allí Martí dice:

Es general esta tendencia al arbitramiento general, la atención al gran problema, la fe en la sensatez pública, y como cierto legítimo orgullo, que ya se nota, de ver como el aire de la libertad tiene una enérgica virtud que mata a las serpientes (456)

Lo que las animalizaciones muestran es que, tal como afirma Fina Marruz, en su prosa norteamericana, Martí hace «que sean las imágenes mismas las que hablen: piensa con imágenes» (179). Y en el movimiento de pensar con imágenes, las relaciona, las superpone, las agrupa y las confronta. Esto último es lo que sucede frecuentemente alrededor de la imagen principal de los obreros radicalizados a la que se oponen la de los otros obreros moderados, la de los dueños de las fábricas, la de la policía y la de la sociedad en general.

La policía se presenta como un grupo de personajes épicos, cuya valentía es explícita y reiteradamente señalada. Su heroísmo se acentúa mediante el contraste de conductas, cuyo ejemplo más claro hallamos en la anécdota de los emborrachamientos de un grupo de huelguistas que luego de realizar una serie de fechorías huye del encuentro con la policía. La turba ataca, primero, una farmacia y

bebe allí todo «cuanto le supo a vino» (455), luego caen sobre una cervecería, para seguir bebiendo «(e)n las gorras y en el hueco de las manos» (455). Todo esto para después escapar mientras «los policías venían de otro encuentro, muchos de ellos manchados de sangre» (455). Se enfrentan los cuerpos del desenfreno contra los cuerpos del deber que, a diferencia de los obreros, se comportan de un modo uniforme en bloque. «¡Y en la noche de la bomba mortal, ni uno solo se hizo atrás, ni huyó la muerte!» (455) expresa enfáticamente Martí.

Además de los obreros moderados y radicalizados, además de la policía y los fabricantes, “Grandes motines obreros” describe a la sociedad americana en general como un actor colectivo siempre contrario a las revueltas obreras. Martí señala que «opinión, gobierno, prensa, clero ¡qué! el trabajo mismo, se levantan contra las turbas de fanáticos que, en vez de emplear su fuerza en rehacer las leyes, fortalecen y justifican las leyes actuales con el espanto que inspiran sus crímenes» (449). La enumeración de diferentes sectores sociales e instituciones muestra la extendida desaprobación pública respecto de los hechos de violencia que protagonizan los obreros en las huelgas y en los enfrentamientos armados con la policía. «Ni la policía, ni los jueces, ni el gran jurado, que es la opinión general, perdona a los que han ensangrentado a Chicago, ni a los que los imitan» (449) enuncia Martí, y continúa diciendo «no ha habido una muestra de simpatía por los anarquistas presos» (449). Lo que el cronista reitera a través de la enumeración es la diversidad de grupos sociales confrontados con los huelguistas, grupos sociales a los que se les adjudica capacidades legislativas y punitivas hegemónicas y oficiales. La cita generaliza la reprobación y la condena social legitimada por la representatividad del gran jurado, cuya valoración como mecanismo de justicia se resalta en “El proceso de los siete anarquistas” y se mitiga y cuestiona en “Un drama terrible”.

Si bien el cronista rechaza explícitamente la violencia de los métodos de los trabajadores e incluso desestima e impugna sus sistemas ideológicos, en el caso de los anarquistas particularmente, esto no lo lleva a negar la validez de la demanda

obrera ni a postular que el estado de cosas dado en términos sociales y económicos es en Estados Unidos justo o igualitario. Contrario a ello, el cubano revela la antítesis y la asimetría que se produce entre la fortuna de unos pocos y la pobreza de muchos. Se ha visto, dice, que los obreros que se levantaron con la petición de la reducción de horas de trabajo carcomen, con «cordura de locos, los descansos de la fábrica desequilibrada, fábrica de mármol sobre lodo, en que ocupados en la busca de oro viven hoy los hombres» (446). El cuestionamiento al razonamiento obrero, que el oxímoron pone en juego, no afecta el reconocimiento de la justicia de sus demandas. El mármol de la fábrica, su riqueza, se asienta sobre el lodo que constituye la miseria del trabajador: éste es su desequilibrio, el mismo que se señala nuevamente unas páginas más adelante cuando se enuncia que, así como la sociedad en general se opone a los métodos violentos de negociación utilizado por los obreros, la sociedad toda «acepta la revisión del sistema social de ahora, y va pensando en la manera de ir poniendo un poco del mármol que sobra en unas calles, en el lodo que sobra en otras.» (447-48).

Ahora bien, si el mármol aparece en el texto de Martí como símbolo de la riqueza de los propietarios burgueses, el oro al que una de las citas anteriores hace referencia se asocia de un modo extendido y general al prominente ímpetu lucrativo de la sociedad americana toda. El cubano desnaturaliza el materialismo predominante en las ciudades estadounidenses en gran parte porque desde su propia experiencia no era una conducta ni un paradigma social predominante. Debe recordarse que, tal como observa Fina Marruz, el cubano llega a Nueva York «(v)enido de la atmósfera estancada española, entre la indolencia indígena y la del patriciado criollo» (175). Su modelo de organización social se lo brindan las viejas ciudades europeas, distantes todavía del vertiginoso crecimiento urbanístico e industrial de Estados Unidos y de los esfuerzos individuales movilizados por la propiedad privada y el lucro. En enero de 1880 Martí llegó a Nueva York y se encontró «con gentes que no parecían perseguir con su actividad fin ulterior alguno,

con un idioma bárbaro, con un incesante canje comercial, de papeles por cosas» (Marruz 175). Seis años después, cuando escribe esta crónica, el cuadro social con el que se encuentra no sólo no ha cambiado, sino que ha acelerado y profundizado el mercantilismo en las relaciones sociales.

En las crónicas martianas prima lo que hoy se califica como lenguaje poético, lenguaje que, al decir de Rotker, «resplandece aunque la selección temática y la construcción textual dependan de las jerarquías establecidas por la actualidad y por la referencialidad. Resplandece, aunque las frases se hayan escrito con la premura del periodismo y la supuesta impureza de un trabajo asalariado y dirigido a un lector masivo.» (201).

De entre los múltiples ejemplos de poetización de lo real que se visibilizan en esta crónica uno es sobresaliente. Se trata de la connotación contrapuesta que se le da a la luz, ligada a la razón y a la moral, y a la oscuridad, relacionada con la irracionalidad y el odio. De modo enfático Martí declara: «¡parece a veces que hay cierta fuerza moral en los rayos del sol!» (445). Y esa iluminación que viene de la naturaleza, idealizada y sublime, no es valorada por los trabajadores que «quieren que las horas de trabajo no sean más que ocho, no tanto para que pueda entrar alguna luz por el alma en las horas de reposo, como para que se vean obligados los fabricantes a emplear a los obreros que hoy no tienen faena» (447). Las palabras oscuras de los líderes obreros a sus seguidores los distancian de la sensibilidad y la claridad espiritual asociada a la luz. En Nueva York, dice Martí, hubo «discursos más encendidos que las antorchas que iluminaban a los oradores, y más negros que su humo» (446). Las palabras son acordes con «su oscuro entender» (451) y con «la negrura de las minas hondas» (446), lugar en el que simbólicamente se ubican.

“El proceso de los siete anarquistas”, la segunda crónica de nuestro análisis, relata el proceso judicial de los siete anarquistas que arrojaron, en la huelga de la primavera en Chicago, una bomba que mató a cinco policías. El texto recuerda el

crimen e informa sobre la constitución del jurado, el juicio y el veredicto final. Continúa la perspectiva descriptiva y reflexiva de “Grandes motines obreros”, pero la focalización del repertorio actorial es más específica, tal como desde el título se indica. Repite este texto la idea de que en el movimiento obrero coexisten, en conflicto, dos tendencias antagónicas: la de los moderados y la de los radicalizados, pacifistas y violentos, respetuosos e irrespetuosos de las leyes republicanas, respectivamente.

“El proceso de los siete anarquistas” retrata a los anarquistas, esta vez procesados y condenados, de un modo detallado y explícitamente axiológico. Los deícticos que afectan la mención de estos sujetos funcionan, al igual que en la crónica anterior, como marcas de distanciamiento ideológico que refuerzan los calificativos negativos. Martí se refiere a estos obreros como a «aquellos míseros, incapaces de llevar sobre su razón floja el peso peligroso y enorme de la justicia» (55). A las predicaciones sobre los anarquistas que se ofrecen en el primer y extenso párrafo se le suman otras referidas a su accionar. Martí cuenta que:

aquellos que construyeron la bomba, que convocaron a los trabajadores a las armas, que llevaron cargado el proyectil a la junta pública, que excitaron a la matanza y el saqueo, que acercaron el fósforo encendido a la mecha de la bomba, que la arrojaron con sus manos sobre los policías (...) han sido condenados, en Chicago, a muerte en la horca (55).

La información de los hechos que se brinda a través de las proposiciones subordinadas adjetivas enumeradas cobra una acentuada vivacidad por la yuxtaposición que, al eliminar los nexos sintácticos, comunica una sensación de apresuramiento y de rapidez muy acorde con el ritmo de vida de la ciudad moderna y de la propia tarea periodística. El movimiento de éste y otros pasajes muestra que, tal como observa Fina Marruz, en la escritura martiana estadounidense «todo se inserta en un nuevo dinamismo» (180).

Algunas de las predicaciones brindan datos objetivos sobre los anarquistas: nombres, nacionalidades, hechos imputados y castigo asignado, pero una gran parte

de ellas no son sino opiniones subjetivas sobre sus figuras que retoman las isotopías trabajadas en la crónica anterior del odio y del transplante inmigratorio negativo. Martí sostiene que ellos son «meras bocas por donde ha venido a vaciarse sobre América el odio febril acumulado durante siglos europeos en la gente obrera» (55), y que «han traído de Alemania cargado el pecho de odio» (55), expresión que repite casi literalmente una de la crónica anterior, en la que enunciaba que estos inmigrantes «se han venido de allá con un taller de odio en cada pecho» (“Grandes motines obreros” 447).

La procedencia europea de los anarquistas como factor explicativo y determinante de su comportamiento social es tan importante para el planteamiento del cronista que éste llega a referirse en el primer párrafo a «aquellos siete alemanes» (55) a pesar de que sólo unas líneas más adelante rectifique esta información al reconocer que uno de ellos, el que está «casado con una mulata que no llora, es norteamericano, y hermano de un general de ejército» (55).

Los anarquistas se dibujan por oposición a valores sociales y legales que en la crónica se admiten como válidos. A la paz social ellos le oponen la violencia que difunden y reproducen tanto a través de los enfrentamientos armados como de una labor pedagógica mediante la que enseñan y transmiten los instrumentos para echar abajo material y simbólicamente no sólo el modo de organización laboral estadounidense sino también su orden social republicano. Desde que llegaron, sostienen Martí, ellos «se pusieron a preparar la manera mejor de destruir» (55): imprimiendo «libros en que se enseña la manera fácil de hacer en la casa propia los proyectiles de matar» (56) y editando bibliografía doctrinaria.

«En libros, diarios y juntas adelantaban en organización armada y predicaban una guerra de incendio y de exterminio contra la riqueza y los que la poseen y defienden, y contra las leyes y los que las mantienen en vigor» (56) relata Martí, que considera agravado el ataque contra la policía por su carácter predeterminado. No

fue, dice, un rechazo espontáneo a la violencia policial: «fue que, de meses atrás, tenían fábricas de bombas, y andaban con ellas en los bolsillos «en espera del buen momento»» (56). Por ello, y por la instigación constante a la violencia a la que sometían a sus compañeros es que, según el cubano, «(n)o embellece esta vez una idea el crimen» (56).

Al igual que en la crónica anterior se invalida la representatividad de los líderes huelguistas y se los reconoce como falsos obreros que «dándose a sí propios como excusa de su necesidad de destrucción las agonías de la gente pobre, no pertenecen directamente a ella, ni están por ella autorizados, ni trabajan en construir como trabaja ella» (58). La crónica no muestra a estos inmigrantes integrados a la sociedad americana, pero tampoco los muestra deseosos de estarlo. Contrariamente a esto, se los describe desplegando su ímpetu destructivo apenas llegan a Estados Unidos. El hombre que hizo la bomba, por ejemplo, «no llevaba más que unos nueve meses de pisar esta tierra que quería ver en ruinas» (55). Desconocía la diferencia que el cronista marca en reiteradas oportunidades entre las reglas del juego social de Norteamérica y Europa. Las soluciones a los conflictos sociales no pueden trasladarse porque estos dos espacios son antitéticos y, como en la crónica anterior, representan respectivamente el lugar de plenitud y el de la estrechez social.

Los inmigrantes que protagonizan el conflicto con la policía vienen de «países donde los que padecen no tienen palabra ni voto» (56). Sus artículos y discursos no tienen en Estados Unidos, según el cronista, «aquel calor de humanidad que revela a los apóstoles cansados, a las víctimas que ya no pueden con el peso del tormento y en una hora de majestad infernal la echan por tierra» (57). Perdieron legitimidad desde la perspectiva martiana al transgredir la legalidad republicana que su discurso invoca y pondera frecuentemente.

Los problemas de los trabajadores de uno y otro lugar no son comparables ni compatibles, y por ello «(l)os obreros norteamericanos miraron como extraños a esos

medios y hombres nacidos en países cuya organización despótica da mayor gravedad y color distinto a los mismos males que aquí los hábitos de libertad hacen llevaderos» (58). Sujetos de distintos órdenes culturales, económicos y jurídicos, los obreros estadounidenses se ubican, a pesar de los problemas que los afectan, en un paisaje social civilizado, y los obreros inmigrantes de la Europa oriental se sitúan en la barbarie, planteada como un espacio simbólico de origen y de pertenencia.

La barbarie es el lugar de la carencia: no tiene palabra, ni voto, ni leyes. La civilización sí: es el lugar del derecho que, en la crónica, presupone la justicia social. Significativo es al respecto que Martí señale que en Estados Unidos hasta «el más infeliz tiene en la boca la palabra libre que denuncia la maldad, y en la mano el voto que hace la ley que ha de volcarla» (56). La libertad ciudadana norteamericana tiende a igualar los derechos de sus trabajadores mientras que el llamado de los anarquistas tiende a dividir el movimiento obrero. Quienes se reúnen para el sacudimiento público son «los fanáticos, los destructores y los charlatanes» (58), en todo contrarios a la moderación y a la cordura de los obreros no politizados.

Los procedimientos antitéticos que separan la Europa violenta y bárbara de la América civilizada y democrática, y que oponen a los distintos grupos de obreros, son expansivos en esta crónica en la que tiende a dicotomizarse a toda la sociedad en general. Para el cubano «(a)ndan por la vida las dos fuerzas, lo mismo en el seno de los hombres que en el de la atmósfera y en el de la tierra. Unos están empeñados en edificar y levantar: otros nacen para abatir y destruir» (57). El antagonismo de los grupos sociales que las huelgas y los enfrentamientos armados exteriorizan responde, entonces, no sólo a divergencias ideológicas y socio-económicas, sino también a disyuntivos despliegues de la espiritualidad humana que se visibilizan durante el conflicto obrero.

«(T)odas las grandes ideas de reforma se condensan en apóstoles y se petrifican en crímenes, según en su llameante curso prendan en almas de amor o en

almas destructivas» (57), sentencia Martí. Sus palabras, en las que se superponen y convergen términos bíblicos con términos legales, ejemplifican cómo el discurso martiano «opera con *fragmentos* de códigos tradicionales, que sin embargo no implican su organicidad respecto a esas tradiciones» (Ramos 76-7). El maniqueísmo que la anterior expresión pone en juego revela más que una operación de pensamiento, una operación enunciativa que, junto con las antítesis, profundiza discursivamente la división ya delineada en la crónica anterior del movimiento obrero.

Los «trabajadores cultos» (58) no comprenden ni apoyan a los «ignorantes» (58), cuyo accionar violento Martí condena, al igual que en “Grandes motines obreros”, en consonancia con el rechazo público. Cuando los diarios dieron a conocer el veredicto del jurado, la condena a la horca de los siete anarquistas, «no se oía una sola protesta entre los que se acercaban ansiosamente a leer la noticia» (57), cuenta el cronista, que agrega unos párrafos más adelante que «ni el curioso indiferente que se acercara hoy a las tablillas de los diarios hubiera podido oír a un solo trabajador ni comerciante, ni una palabra de condenación o de ira contra el acuerdo del jurado» (58). Los ejemplos antedichos muestran, además del repudio social a los condenados, cómo la prensa escrita funciona como un espacio de articulación de lo público con el público.

Martí relata cómo «se vio salir del tribunal, como si fuera montado en un relámpago, al cronista de un diario, — el primero de todos. Volaba. Pedía por merced que no lo detuviesen. Saltó al carruaje que lo estaba esperando» (61). La escena marca a través de la actuación del reporter la relevancia que ya adopta en la prensa estadounidense la premura y el valor de la primicia noticiosa, además del interés informativo. A esta misma idea abona el pasaje que relata cómo luego de conocer la sentencia, a la mulata de Parsons «(l)os noticieros de los diarios se le acercan, más para tener qué decir que para consolarla» (61). El periodismo, que en “Grandes motines obreros” aludía principalmente a la «prensa libre» (451) ponderada como un

derecho ciudadano, es percibido en esta crónica en relación con las leyes del intercambio económico y la competencia, lo que por un lado muestra la proletarianización de los periodistas (la que afecta al propio Martí), y por otro lado relativiza la objetividad de la información como verdad pública irrefutable.<sup>4</sup>

Así como Martí matiza en este texto la enaltecida descripción y valoración de la prensa que había construido en el texto anterior, también matiza la idealización de los Estados Unidos, sin por ello desarticular la antítesis que lo opone a la Europa cruel. «¡(A)quí los corazones no son generalmente sensibles! ¡aquí no hace temblar la idea de un hombre muerto por el verdugo a mano fría! ¡aquí se habitúa el alma al egoísmo y la dureza!» (57) declara enfáticamente Martí. Los norteamericanos se constituyen así, al igual que los obreros inmigrantes, como sujetos de carencia, pero no de una cultura democrática, sino de compasión, misericordia y solidaridad. Su egoísmo, sin embargo, no es total. Su compromiso social queda evidenciado en el sistema de jurados, dispositivo jurídico que involucra activamente a los ciudadanos en la administración de justicia y los somete a amenazas y posibles desquites venidos del ámbito de los acusados. Aquí, como en todas partes, dice Martí, los jurados no son «como los jueces, que viven de la justicia y pueden afrontar los peligros que les vengan de ejercerla con la protección y paga del orden social que los necesita para su mantenimiento» (59).

La crónica nos muestra al jurado ajeno a toda tendenciosidad y presenta su veredicto como fruto de la comprobación de pruebas y no de la especulación y el prejuicio. Todo, dice Martí, «se fue probando: la premeditación, la manufactura de los proyectiles, la conspiración, las excitaciones del incendio y el asesinato, la publicación de claves en el diario con este fin, el tono criminal de los discursos en la

---

<sup>4</sup> Esta reconsideración de la tendenciosidad periodística es interesante de observar puesto que no es frecuente en Martí quien “rara vez criticó de frente la emergencia de la «información», en tanto nueva mercancía de la emergente industria cultural. Incluso escribió por muchos años para Charles Dana, director del New York Sun, una de los antecedentes principales de la prensa *amarillista* de Hearst y Pulitzer”. En Ramos, J., *op. cit.*, p. 110.

junta de Haymarket, la preparación y lanzamiento de la bomba desde la carretera de los oradores» (60). La evidencia fue tanta que «(a)nonadaba tanta prueba. Estremecía lo que se había oído y visto. Trascendía al tribunal el espanto público» (60). Dentro del tribunal, y como ya lo había hecho en la crónica anterior con otros personajes, Martí confronta a los actores que se comportan de un modo antagónico. «Sin miedo hablaron el fiscal y su abogado. Sin fortuna ni solidez hablaron los defensores» (60). La oposición se plantea como una descripción y pone en juego una valoración que acentúa la distancia axiológica entre los enaltecidos defensores de los policías muertos en el atentado y los desacreditados defensores de los anarquistas inculpados del delito. Subyacente a esta contraposición actancial, la crónica trabaja otra dicotomía más amplia, la que se da entre el *statu quo* ponderado y la desorganización social temida.

El caos social no concluye con el apresamiento de los siete anarquistas implicados en el crimen, ni con la sentencia que los condena a muerte. Contrario a esto, cuando se anuncia el veredicto se siente, señala Martí, «que en esta masa de millones hay todavía rincones vivos donde se hacen bombas, se reúnen en Nueva York dos mil alemanes a condolerse de los sentenciados, se sabe que no han cesado en Chicago, ni en Milwaukee, ni en Nueva York los trabajos bárbaros de estos vengadores ciegos» (58). El cubano se pronuncia contrario a los métodos violentos de negociación en la lucha obrera, cuyos fundamentos y expresiones son motivo de reflexión y posicionamiento explícito.

«El que más, el extranjero de alma compasiva, el pensador que ve en las causas, se entristecían y callaban» (59), sostiene Martí, que presenta así una autfiguración de sí mismo como pensador extranjero sensible a la realidad del país en el que reside. La estrategia lingüística mediante la que se refiere a sí mismo es interesante porque, por un lado, se ajusta, a través de la tercera persona singular predicada, a cierto distanciamiento descriptivo frecuente en la escritura de los reporters; pero, por otro lado, y por la identificación de los atributos de esa tercera

persona con el escritor cubano, sobreimprime a su discurso el subjetivismo de la mirada típico del cronista modernista.<sup>5</sup> Entre el periodismo y la literatura, Martí delinea su figura de escritor y su lugar en la sociedad, es decir, su relación con aquellas instancias que podríamos llamar extraliterarias. La posición del cronista respecto de los líderes anarquistas, responsabilizados y condenados, en este texto, por la muerte de un grupo de policías, continúa la línea axiológica del texto anterior, del que también repite la construcción de prosopografías connotadas que acentúan y relacionan sus defectos estéticos con sus faltas éticas.

El retrato de Schwab, uno de los anarquistas procesados, evidencia el rechazo que su figura provoca en Martí. Schwab es presentado como un ser «desgarbado, repulsivo, de funesta apariencia; la mirada caída bajo los espejuelos, la barba silvestre, el pelo en rebeldía, la frente no sin luz, el conjunto como de criatura subterránea» (60). En esta descripción opera una fuerte poetización del referente que es, tal como advierte Rotker, «parte de la «literariedad» y de la condición de prosa poética de las crónicas modernistas» (155).

La tercera crónica, “Un drama terrible”, es la encargada de resemantizar muchas de las imágenes y de las valoraciones trabajadas por las dos anteriores en relación con el conflicto obrero, sus causas, los actores implicados y las reglas sociales hegemónicas de la sociedad norteamericana. Este texto representa un cambio en la mirada del cronista respecto de los hechos que observa y narra, transformación que, por un lado, continúa con la auto-figuración de una autoridad narrativa reflexiva, «el pensador que ve en las causas» (“El proceso” 59) aludido en la crónica antes comentada, pero que, por otro lado, subvierte y rompe la continuidad axiológica y los esquemas interpretativos hasta entonces referidos al juzgamiento judicial y social de los anarquistas en particular, y a la lucha obrera en general.

---

<sup>5</sup> “Los cronistas modernistas acentuaron el subjetivismo de la mirada y sobrescribieron, para diferenciarse de los reporters” explica Susana Rotker. Ver *op. cit.*, p. 109.

El procedimiento lingüístico mediante el que la figura de Martí emerge en la crónica repite el utilizado en “El proceso de los siete anarquistas”: el escritor se refiere a sí mismo a través de una tercera persona singular que proporciona a su texto la “externidad” enunciativa tan buscada por los reporters; pero, a su vez, ofrece manifiestas estampas de su subjetividad en un frecuente gesto modernista. En el primer párrafo de la crónica sostiene que:

Ni el miedo a las justicias sociales, ni la simpatía ciega por los que las intentan, debe guiar a los pueblos en sus crisis, ni al que las narra (...). No merece el dictado de defensor de la libertad quien excusa sus vicios y crímenes por el temor mujeril de parecer tibio en su defensa. Ni merecen perdón los que, incapaces de domar el odio y la antipatía que el crimen inspira, juzgan los delitos sociales sin conocer y pesar las causas históricas de que nacieron, ni los impulsos de generosidad que los producen (333).

Las predicaciones de la cita le corresponden al pueblo norteamericano, a sus representantes y funcionarios, y al propio cronista, a quien afectan particularmente las reglas morales que expresa en términos deónticos y negativos. El pasaje referido entrama una fuerte imagen de autor en la que convergen las labores de narrador y pensador. Los hechos, lejos de constituir una realidad autónoma, se articulan con la expresión que los informa y la reflexión que los explica. La presentación y organización discursiva de los acontecimientos se liga explícitamente a conjunto de postulaciones sociales que representan una innovación en el discurso martiano: la necesidad de equidad social ahora señalada revisa y relativiza la antes ensalzada organización social republicana, la categoría de «delito social» atenúa y contextualiza la responsabilidad y la criminalidad de los anarquistas, antes simples malhechores y ahora actores socialmente motivados.

En el párrafo inicial aparecen nuevas expresiones y nuevas ideas, por ejemplo la de «justicias sociales», que se reiteran a lo largo de la crónica y que representan un elemento disruptivo con respecto a las crónicas anteriores tanto a nivel del referente como del significado. Las variaciones en el plano léxico bien pueden interpretarse como proyecciones de las mutaciones en el paradigma interpretativo martiano que al resignificar sus ideas se vale, entre otras cosas, de un nuevo

vocabulario, mostrando el vínculo indisociable entre lenguaje y pensamiento. Nuevos modos de pensar los hechos, entonces, requieren nuevos modos de expresarlos y configurarlos discursivamente.

“Un drama terrible” tiende a la retrospectiva. Rememora los sucesos más cercanos en el tiempo, como la muerte y el entierro de los cuatro anarquistas sentenciados en Chicago a la horca y del que hizo estallar en su propio cuerpo una bomba de dinamita, y de allí se desliza hacia atrás y recuerda la sentencia que «condenó a uno de los reos a quince años de penitenciaría y a pena de horca a siete» (333), las voces que se alzaron en defensa de los condenados, la explotación e injusticia que viven los obreros en Estados Unidos, la constante represión que sufren por parte de la policía en sus manifestaciones, las primeras revueltas, la organización anarquista y sus modos de entrenamiento y adoctrinamiento.

La crónica recuerda acontecimientos ya relatados en las crónicas anteriores, por ejemplo, el inicio de las huelgas, los enfrentamientos entre trabajadores y policías, y la reacción adversa de las fábricas que echaban a los obreros que presentaban su demanda. Pero agrega algunos incidentes que antes no fueron narrados y que revierten la versión de los hechos sostenida por la prensa oficial, el estado y los dueños de las fábricas y el propio Martí en las dos crónicas anteriores. Dos de ellos son fundamentales para explicar el cambio en el discurso y en el pensamiento martiano: los sucesos ocurridos en el Camino Negro que lleva hacia la factoría McCormick y las anomalías y vicios que empañan el proceso a los anarquistas condenados por la muerte de unos policías.

En el primero de estos hechos los trabajadores en huelga se enfrentan, por un lado, con sus compañeros que continúan trabajando, y por otro lado, con la policía. Los huelguistas señalan a «¡aquéllos, (...) los que por el salario de un día ayudan a oprimir a sus hermanos!» (345) y los apedrean. La policía llega entonces al lugar y abre fuego sobre la muchedumbre «que a pedradas y disparos locos se defiende»

(345). El resultado de ese choque es el de seis obreros muertos. El suceso obliga a revisar la dicotomía entre obreros ignorantes y cultos que las crónicas anteriores establecieron, así como la heroicidad de la policía.

El no acatamiento a la huelga no se presenta en “Un drama terrible” como un posicionamiento laboral surgido de la libre y deliberada elección de algunos trabajadores, sino que aparece, por el contrario, como una forzada respuesta de aquellos «a quienes la miseria fuerza a servir de instrumentos contra sus hermanos» (344). No existe una real división entre los trabajadores: todos son víctimas de la misma explotación. Son los propietarios de las fábricas quienes propenden a la desintegración del movimiento obrero, empleando para enfrentarse a quienes luchan contra el hambre a «las mismas víctimas desesperadas del hambre» (344).

La policía, por su parte, va a ser revaluada a la luz de la nueva información que la muestra violenta y autoritaria, lejos de la figura conciliadora y mesurada que las crónicas anteriores habían desplegado hasta la idealización. La policía que mata a los seis obreros en McCormick es la misma que, en Chicago, se les echaba encima a los trabajadores que exigían sus derechos, «ganosa siempre de cebar sus porras en cabezas de gente mal vestida» (339); es también quien «ebria del vino del verdugo como toda plebe revestida de autoridad» (343) provoca con sus fiestas de sangre la decisión de los más bravos de armarse; es la «que les da caza y muerte» (343) a los huelguistas y «con el orgullo de la levita de paño y la autoridad, temible en el hombre inculto, los aporrea y asesina» (338).

La policía en Chicago no actuaba, como antes sostuvo el cubano, «con la calma de la ley, sino con la prisa del aborrecimiento» (344) hacia los obreros, muchos de los que terminaban «magullados por la porra o atravesados por la bala policial» (344). La hiperbolización de su valentía, que en las crónicas anteriores se construye y acentúa en la confrontación que la opone a sujetos considerados abyectos, se revierte totalmente. La cobardía de los policías se enfatiza al reiterar los ataques ilegales e

ilegítimos que emprenden contra los niños hijos de obreros. La policía mataba, dice el cronista, «a veces a algún osado que le resistía con piedras, o a algún niño» (339), y repite el dato páginas más adelante, ofreciendo un ejemplo concreto del criminal abuso de autoridad policial. A través de las palabras que un obrero le dirige al gobernador, Martí recuerda que mientras siete anarquistas fueron condenados a la pena de muerte porque uno de ellos habría lanzado una bomba contra la policía, «los tribunales no han querido condenar a la policía de Pinkerton, porque uno de sus soldados mató sin provocación de un tiro a un niño obrero» (350).

Además de revisar los antagonismos entre policías y obreros y modificar la caracterización de estos grupos y sus valoraciones, “Un drama terrible” cambia los términos con que se describen no sólo a los anarquistas, sino también a sus ayudantes, a su círculo íntimo de amigos y familiares. Mientras las dos crónicas anteriores acentuaban lo poderosamente dañino de este último grupo, ésta retrata a los personajes ligados a los anarquistas como seres débiles guiados por la bondad y el amor. Al respecto, Martí sostiene que:

La república entera ha peleado, con rabia semejante a la del lobo, para que los esfuerzos de un abogado benévolo, una niña enamorada de uno de los presos, y una mestiza de india y español, mujer de otro, solas contra el país iracundo, no arrebatasen al cadalso los siete cuerpos humanos que creía esenciales a su mantenimiento (334).

La cita propone una antítesis y un asimétrico enfrentamiento de fuerzas: la bestialidad de la república combate la fragilidad y benevolencia del núcleo de actores cercanos a los anarquistas. La animalización que en los textos anteriores deshumanizaba a estos últimos, ahora le quita rasgos humanos a la sociedad norteamericana. El repertorio de valores que Estados Unidos desarrolla y jerarquiza se halla en las antípodas de los anhelados por el grupo más próximo a quienes juzga y condena. Esos valores, apreciados por Martí, son ejemplificados a través de Howells, Adler y Train, las tres voces que «habían osado interceder, fuera de sus defensores de oficio y sus amigos naturales» (334), en la defensa de los anarquistas procesados.

Howells era un «novelista bostoniano que al mostrarse generoso sacrificó fama y amigos» (334), Adler era un «pensador cauto y robusto que vislumbra en la pena de nuestro siglo el mundo nuevo» (334-35), y Train era «un monomaniáco que vive en la plaza pública dando pan a los pájaros y hablando con los niños» (334-35). Todos eran, como se desprende de sus descripciones, sujetos inofensivos, generosos hasta el altruismo o la locura, distantes de la violencia, e identificados con la solidaridad y la concordia social.

Mientras en las dos crónicas anteriores Martí representaba simultáneamente la voz popular y oficial de un estado de cosas, aquí se distancia del discurso del gobierno y relativiza su validez epistemológica y su legitimidad social. La “república”, sintagma que reaparece con frecuencia en este texto, es vitalizada y personalizada. Se le adjudica una voluntad arbitraria y propensa a acrecentar las injusticias. En la crónica se sostiene que:

Amedrentada la república por el poder creciente de la casta llana, por el acuerdo súbito de las masas obreras (...), por el deslinde próximo de la población nacional en las dos clases de privilegiados y descontentos que agitan las sociedades europeas, determinó valerse por un convenio tácito semejante a la complicidad, de un crimen nacido de sus propios delitos tanto como del fanatismo de los criminales, para aterrar con el ejemplo de ellos, no a la chusma adolorida que jamás podrá triunfar en un país de razón, sino a las tremendas capas nacientes (334).

Responsabilizada la sociedad misma por la fragmentación y la proliferación de la inequidad social que la dicotimiza, sus reglas sociales y económicas se asocian no como en los dos textos anteriores a la idea del bien común sino a los intereses de clase. Estados Unidos, dice Martí, «por el culto desmedido a la riqueza, ha caído, sin ninguna de las trabas de la tradición, en la desigualdad, injusticia y violencia de los países monárquicos» (335). El materialismo desmedido que se les achaca a los norteamericanos es la plataforma sobre la que opera la corrupción y parcialidad social que practican la policía, los funcionarios públicos, la prensa y los sectores económicamente más acomodados en relación con la lucha obrera en general y con el proceso y la condena de los anarquistas en particular.

Las autoridades públicas, a las que anteriormente no se habían responsabilizado del conflicto obrero, sus causas y efectos, son criticadas. El gobernador de Chicago, por ejemplo, es descrito como un «anciano flojo rendido a la súplica y a la lisonja de la casta rica que le pedía que, aun a riesgo de su vida, salvara a la sociedad amenazada» (334). La prensa, por su parte, exaspera a los anarquistas «con su odio en vez de aquietarlos con justicia» (342) y tiene una fuerte responsabilidad en la negativa valoración social de las huelgas y los huelguistas. La prensa tal como en esta crónica la describe Martí no es una herramienta de comunicación fidedigna del conflicto obrero ni del proceso judicial de los anarquistas, sino un instrumento de manipulación informativa. Sobre este punto Martí explica que:

(l)a prensa entera, de San Francisco a Nueva York, falseando el proceso, pinta a los siete condenados como bestias dañinas, pone todas las mañanas sobre la mesa de almorzar, la imagen de los policías despedazados por la bomba; describe sus hogares desiertos, sus niños rubios como el oro, sus desoladas viudas ( 349).

Los periódicos funcionan entonces, al igual que los policías y algunas autoridades, como dispositivos de una voluntad sectorial capitalista, voluntad que reacciona de un modo desmedido y despótico ante los reclamos más primordiales y legítimos de los obreros. Cada vez que ellos realizaban sus pedidos en Chicago «combinábanse los capitalistas, castigábanlos cegándoles el trabajo que para ellos es la carne, el fuego y la luz; echábanles encima la policía, (...); reducíanlos al fin por hambre a volver a su trabajo, con el alma torva, con la miseria enconada, con el decoro ofendido, rumiando venganza» (339).

Así como esta crónica modifica, con respecto a las dos anteriores, la interpretación del problema de los trabajadores en Estados Unidos y la opinión sobre los grupos implicados y sus razones, también revisa y redefine la postura sobre la inmigración. Los obreros inmigrantes no aparecen ahora, como sí lo hacían en los primeros textos comentados, como criaturas de un odio remoto, más bien se los retrata como sujetos de derechos cuyas violaciones son las causas principales de la

reacción anarquista. Ellos sólo reaccionan y denuncian «con renovada ira los males que creían haber dejado tras sí en su tiránica patria» (335).

Martí sostiene que la república de Estados Unidos se ha convertido en «una monarquía disimulada» (335) luego de que el país experimentara, entre otras cosas, «la guerra corruptora, el hábito de autoridad y dominio que es su dejo amargo, el crédito que estimuló la creación de fortunas colosales y la inmigración desordenada» (335). La injusticia y tiranía de los poderosos acerca a América del Norte a la Europa más retrógrada y desarma la dicotomía que antes las oponía. Tal como redacta enfáticamente Martí, para los trabajadores inmigrantes «¡América es, pues, lo mismo que Europa!» (338).

“Un drama terrible” es la más extensa de las crónicas periodísticas analizadas y es en la que mejor se transparenta la idea de Julio Ramos de que la lógica del sentido del periódico está «constituida por una acumulación de *fragmentos de códigos*, en que los lenguajes se superponen, yuxtaponen o simplemente se mezclan, con discursos de todo tipo y procedencia histórica imprecisable» (124). Lo dicho sucede en este texto que incorpora, entre otras formas del lenguaje, frecuentes proposiciones enfáticas y preguntas retóricas más ligadas a la arenga pública y política que a la crónica periodística; breves alocuciones de los actores de los acontecimientos, recurrentemente innominados y generalmente provenientes de la clase trabajadora; el poema “El Tejedor” de Henry Keine recitado por uno de los condenados y traducido y transcrito íntegramente; y enunciados que tienden a teatralizar la narración y funcionan como didascalias que escenifican las acciones y espectacularizan los movimientos, los gestos y los parlamentos de los personajes.

Cada uno de los discursos antedichos tiene efectos específicos y en conjunto revelan una operación enunciativa mayor. Los énfasis y las preguntas retóricas usualmente destacan y acentúan las opiniones del cronista y las de los obreros, con los que el primero se conduce. Esto sucede, por ejemplo, cuando Martí, en clara

defensa de la causa obrera, exclama: «¡Quien quiera saber si lo que pedían era justo, venga aquí; véalos volver, como bueyes tundidos, a sus moradas inmundas, ya negra la noche; véalos venir de sus tugurios distantes, tiritando los hombres, despeinadas y lívidas las mujeres, cuando aún no ha cesado de reposar el mismo sol!» (344). Y cuando se pregunta: «¿Quién que sufre de los males humanos (...) no siente que se le inflama y extravía cuando ve de cerca, como si le abofeteasen, como si lo cubriesen de lodo, como si le manchasen de sangre las manos, una de esas miserias sociales que bien pueden mantener en estado de constante locura a los que ven podrirse en ellas a sus hijos y a sus mujeres?» (337).

Ejemplos como los anteriores, a los que se añaden las voces reproducidas de los protagonistas, se imbrican para el despliegue de una «retórica de la oratoria» por la que Martí siente un particular apego (Rotker 157-58). Por otra parte, el hecho de que las palabras reproducidas correspondan mayoritariamente al sector obrero fortalece la versión que de los hechos ofrece este grupo. Esta estrategia enunciativa no representa sólo una modificación discursiva de Martí respecto de las crónicas anteriores sino también un cambio epistemológico, puesto que mientras en los dos textos anteriores la información provenía básicamente de los medios y el gobierno, ahora procede de los trabajadores.

La inclusión del poema de Henry Keine, así como la teatralización de los pronunciamientos obreros, subvierte la axiología negativa que construyeron los anteriores retratos físicos y morales de los líderes obreros, y coadyuva a apuntalar una imagen del héroe mártir en la que se engloban los anarquistas condenados a muerte, a quienes la crónica plantea como víctimas sociales, injusta e infundadamente castigadas, y a la vez como esforzados y convencidos líderes de la lucha obrera.<sup>6</sup> El poema “El Tejedor” de Keine se identifica con la historia de

---

<sup>6</sup> Al respecto, Martí señala: “¿El proceso? Todo lo que va dicho, se pudo probar; pero no que los ocho anarquistas, acusados del asesinato del policía Degan, hubiesen preparado, ni encubierto siquiera, una conspiración que rematase en su muerte. Los testigos fueron los policías mismos, y cuatro anarquistas

penurias del trabajador alemán que lo declama y de los otros trabajadores que comparten las evocaciones textuales a un mundo injusto y arbitrario. El momento en que Engel, “arrebatao por el éxtasis, recitaba “El Tejedor” de Henry Keine, como ofreciendo al cielo el espíritu, con los dos brazos en alto (351), es en el que mayor cercanía empática con los prisioneros, establece Martí. El condenado devenido en orador es descrito a través de la deriva metonímica de su voz «llena de fuerza y sentido, la voz de uno, de estos hombres a quienes se supone fieras humanas, trémula primero, vibrante enseguida, pura luego y serena, como quien ya se siente libre de polvo y ataduras» (351).

La idea de la no representatividad que las crónicas anteriores les endilgaban a los dirigentes obreros es rebatida en esta crónica que marca el acompañamiento popular y multitudinario de las distintas medidas de lucha. La adhesión masiva se marca cuantitativamente y se traduce en cifras concretas. Así, fue un «millón de obreros, repartidos por toda la república» (344) el que decidió demandar el cumplimiento de las ocho horas legales (344); fue un grupo de «ocho mil» (345) obreros huelguistas el que se acercó a la fábrica McCormick que continuaba trabajando; fue «en número de cincuenta mil» (346) que se agruparon los trabajadores, con sus mujeres y sus hijos, para oír «a los que les ofrecían dar voz a su dolor» (346); y finalmente fue una numerosa caravana la que acompañó el cortejo fúnebre; tras los ataúdes iban las viudas y detrás de ellas «sociedades, gremios, *vereins*, orfeones, diputaciones, trescientas mujeres en masa, con crespón al brazo, seis mil obreros tristes y descubiertos que llevaban al pecho la rosa encarnada» (355).

Los obreros, como se desprende de los ejemplos anteriores, ya no se presentan segmentados ni se organizan en dicotomías maniqueas, tampoco los huelguistas representan la otra cara de una sociedad pacifista, sino que, por el contrario, son parte constitutiva de una sociedad compleja y fragmentada que proyecta en el

---

comprados, uno de ellos confeso de perjurio (...). Lo que sí se probó con prueba plena, fue que, según todos los testigos adversos, el que arrojó la bomba era un desconocido” (“Un drama terrible”, p. 348).

espacio público su desigualdad, iniquidad y su autoritarismo. Un ejemplo de lo antedicho se encuentra en los frecuentes pasajes de esta crónica que relatan cómo el gobierno y los capitalistas, a través de la policía, despliegan en las plazas y otros lugares públicos un poderoso mecanismo de vigilancia, control y castigo del que son víctimas los obreros. Tal como se ve la escritura martiana «decora, no resuelve las tensiones de la ciudad: al contrario – muy por el reverso de los patrones de la prosa estilizada que domina en la crónica modernista – parecería que la fragmentación del cuerpo del otro contamina, con su violencia, el espacio mismo del discurso» (Ramos 141).

### 3. CONCLUSIÓN

Las tres crónicas periodísticas comentadas, cuyo carácter literario se deriva «la voluntad de escritura, del cómo se ha verbalizado su discurso» Rotker (113), tratan sobre la problemática obrera que, a partir de mayo de 1886, emerge con fuerza en Estados Unidos. Sin embargo, hay que precisar esta continuidad temática considerando precisamente la configuración discursiva de los referentes que va a modificarse en cada texto. No es la misma lucha obrera ni son los mismos obreros los descritos en la primera crónica que los apuntados en la última. Estas variaciones semánticas patentizan el hecho de que «significado es siempre producido y no es jamás expresado simplemente» (Williams 190). Si en los primeros dos textos el activismo obrero representaba una anomia social, en el tercero encarna la emergencia de un grupo y de una práctica social.<sup>7</sup> Leídas en conjunto podemos observar que las crónicas realizan un movimiento de focalización temática y uno de aproximación

---

<sup>7</sup> Martí reconoce en la última crónica al movimiento obrero como un elemento social emergente en el sentido popularizado por Raymond Williams, es decir, en el que define como emergente aquellas experiencias grupales alternativas u opuestas a la formación cultural dominante que las rechaza a la vez que busca incorporarlas y adaptarlas a sus definiciones de lo social. Ver, al respecto, el capítulo “Dominante, residual y emergente” de su obra *Marxismo y literatura*, Barcelona, Ediciones Península, 2000, pp. 143 -49

axiológica y epistemológica en relación con los hechos relatados y los personajes descritos.

El primero de los movimientos recién aludidos parte en “Grandes motines obreros” de un recorte narrativo general referido a las huelgas y otras acciones de lucha que los obreros realizan en Estados Unidos para reducir la jornada laboral a ocho horas. En los obreros, como un actor colectivo, se focaliza el relato. La segunda crónica reduce el núcleo de interés narrativo y se centra en el proceso judicial de los siete anarquistas responsabilizados de arrojar, en la huelga de la primavera en Chicago, una bomba que mató a un grupo de policías. La tercera, finalmente, ciñe aún más el foco de atención y se refiere, principalmente, a los procesados condenados a la horca y con un detenimiento particular a las reacciones que preceden sus ejecuciones. El pasaje que las crónicas proponen es el que lleva de los hechos y actores indistintos a los acontecimientos y sujetos únicos y originales. Se parte de lo estereotípico para llegar a lo característico, de la masa para llegar al individuo.

El segundo de los movimientos antedichos, en consonancia con el primero, muestra que a lo largo de los textos se produce un acercamiento afectivo e ideológico hacia el sector obrero y sus demandas. En la primera crónica dicho sector se percibe fragmentado en dos grupos antagónicos que reciben axiologías antitéticas. Por un lado se presentan los trabajadores moderados, pacifistas y conciliadores, y por otro los radicalizados, violentos e irracionales antagonistas del orden social, despreciados explícita y enfáticamente. En la segunda crónica se continúa esta línea axiológica que dicotomiza al mundo obrero y a la sociedad en general y se repite el uso de deícticos ligados a los huelguistas como marcas textuales del distanciamiento establecido con respecto a ellos y a sus teorías sociales. Sin embargo, “El proceso de los siete anarquistas”, a la vez que continúa rechazando a los obreros activistas, matiza la idealización de la organización republicana estadounidense que la crónica anterior impulsó, y reconoce que los norteamericanos también, como los inmigrantes, son

sujetos de carencia, no como los primeros de una cultura democrática, sino de sensibilidad social y solidaridad. Conjuntamente con la desidealización de los Estados Unidos se produce una aproximación del cronista hacia los trabajadores, aproximación que se manifiesta plenamente en la última crónica en la que un nuevo paradigma interpretativo se proyecta en un nuevo repertorio léxico, en el que se repiten con insistencia, entre otros términos antes infrecuentes en la escritura martiana, las palabras “víctima” y “justicia”, predicando respectivamente la condición y la búsqueda social de los trabajadores.

El acercamiento axiológico a los trabajadores y la modificación de los esquemas explicativos del conflicto obrero, de sus necesidades y demandas, se manifiesta en la resemantización de los procedimientos discursivos mediante los que se los describe. La animalización de los personajes, por ejemplo, que en la primera crónica apunta a hacer bestiales a los huelguistas, a quienes deshumaniza y desvaloriza ideológica y físicamente presentándolos como animales peligrosos y dañinos para la sociedad, en la tercera crónica le quita rasgos humanos a la sociedad norteamericana y subvierte la connotación negativa que antes afectaba a los trabajadores activistas. Así, mientras en “Grandes motines obreros” Martí celebra que el aire de libertad que impera en Estados Unidos «ene una enérgica virtud que mata a las serpientes» (456), que refieren a los obreros anarquistas y socialistas, en un “Un drama terrible” recupera y transcribe, sin comentarios adversos, el discurso de un anarquista que les recomienda a sus compañeros, luego de la ejecución de un grupo de ellos, ser «gaces como las serpientes, e inofensivos como las palomas» (356).

También las descripciones de los anarquistas van a cambiar a lo largo de las crónicas. En las dos primeras el rechazo ideológico hacia ellos repercute en y se articula con su desvalorización estética. Los tres textos ofrecen prosopografías connotadas que tienden a constituirse en retratos morales que se resignifican conforme cambia la opinión de Martí sobre ellos en una dirección que va desde el rechazo hasta el reconocimiento. Junto con esto observamos la modificación de la

percepción y valoración del entorno que acompaña a los líderes procesados por la muerte de un grupo de policías. En las dos primeras crónicas éstos eran considerados violentos criminales en los que preponderaba un odio irracional hasta las leyes republicanas, en la última son retratados como frágiles seres cuyas demandas justas son desoídas y combatidas por una república desequilibrada e injusta.

Los cambios axiológicos acompañan las variaciones en los modos de procesar la información y sus fuentes. La tercera crónica representa, al respecto, una fuerte ruptura respecto de las anteriores. “Un drama terrible” revierte la versión maniquea de los hechos que la prensa, el gobierno y los capitalistas difundían y que el propio Martí reproducía en los dos primeros textos; y retoma las voces de los trabajadores como fuentes fidedignas de su relato. Al incorporar nueva información, además, la crónica ofrece nuevos elementos a la luz de los cuales es necesaria y válida la revisión de las explicaciones y las evaluaciones de los acontecimientos, de sus protagonistas y sus motivaciones. Esta crónica impugna la hiperbolizada idealización de la valentía y entrega de los policías que las anteriores construyeron al informar de su constante abuso de autoridad, refuta la idea de una república que propende a la justicia y a la libertad y remarca su tendencia a la iniquidad, asociando la conducta de los funcionarios del estado, así como las operaciones de la prensa, no con la persecución del bien común sino con los intereses de clase, con la defensa de un sistema económico y social asimétrico que controla arbitraria e injustamente una voluntad sectorial capitalista.

Junto a los cambios anteriores la tercera crónica visibiliza la redefinición de la inmigración y la desarticulación de la dicotomía América-Europa. En “Grandes motines obreros” y en “El proceso de los siete anarquistas” las identidades de los sujetos se diferenciaban principalmente según los perfiles ideológicos fuertemente dicotomizados y determinados por la nación de origen. En “Un drama terrible”, en cambio, la identidad se liga estrechamente a la noción de clase, la que se torna

explicativa tanto para la aceptación del statu quo de los grupos acomodados como para las medidas de lucha implementadas por los obreros como grupo subalterno.

Por su parte, el “acá” geopolítico de la enunciación se define, como señalamos en el desarrollo, en relación con las propias experiencias biográficas de Martí en Estados Unidos, país que le ofrece la oportunidad de desarrollar libremente su tarea de escritor y simultáneamente le proporciona una versión hegemónica y positiva de su organización social. Dicha versión es difundida por los periódicos oficiales que en la primera crónica son exhibidos por Martí como herramientas transparentes de divulgación, pero que ya en la tercera crónica aparecen como máquinas de manipulación de la información. La contraposición de los dos primeros textos entre una Norteamérica idealizada y una Europa retrógrada desprovista de mecanismos democráticos y reglas de consenso social da paso en el último a una equiparación entre estas sociedades que les ofrecen a los obreros la misma explotación y marginación.

Los tres textos de nuestro análisis presentan varias continuidades típicas de las crónicas modernistas, a cuya gramática de producción se ajustan en términos generales, con una fuerte impronta de subjetividad y una constante poetización de lo real. La sobre-escritura es una de las continuidades, así como la explícita autofiguración del escritor en la que, por un lado, se superponen las figuras de pensador, cronista y literato, y, por el otro, se oscila entre las técnicas de descripción y narración más realistas, cercanas a la objetividad pretendida por los reporters, y la constante estilización y poetización de los referentes.

## BIBLIOGRAFÍA

- GARCÍA MARRUZ, F., "El tiempo en la crónica norteamericana de José Martí" (175-194), *Temas martianos*, Tercera serie, La Habana, Centro de Estudios Martianos – Ediciones Artex, 1992.
- MARTÍ, J., "Grandes motines obreros" (445-56), "El proceso de los siete anarquistas" (55-61) y "Un drama terrible" (333-56), en *Obras Completas*. Vol. XI, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales del Instituto Cubano del Libro, 1975.
- MINELLONO, M., "La modernidad y la concepción del tiempo en «Nuestra América» y «Escenas norteamericanas» de José Martí" (241-251), *Actas del Primer Congreso de Estudios Latinoamericanos*, La Plata, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación – UNP, 1994.
- RAMOS, J., *Desencuentros de la modernidad en América Latina. Literatura y política en el siglo XIX*, México, FCE, 2003.
- ROTKER, S., *La invención de la crónica*, Buenos Aires, Ediciones Letra Buena, 1992.
- WILLIAMS, R., *Marxismo y literatura*, Barcelona, Ediciones Península, 2000.